

REVISTA CONSERVADORA

dedica las siguientes páginas en homenaje a la fecha de nuestra Independencia.

Reproducimos lo que prominentes ciudadanos que vivían en los inicios del período conservador más brillante de nuestra historia: el período de los Treinta Años, dijeron en el Quincuagésimo Aniversario de la Independencia, lo que ellos consideraban que habría de producir los frutos de estabilidad política, bienestar económico y mejoramiento social para nuestra Patria.

Hoy como ayer se podrían repetir las mismas frases y conceptos después de tantos años de vida independiente.

Dr. Don Jesús de la Rocha
Ministro de Estado

MANAGUA

Es preciso confesar que estamos todavía al principio de nuestra carrera: que es necesario continuar nuestra marcha en la senda del progreso social y político, iluminada por los principios y por la experiencia de cincuenta años: que para dar cima a tan grandiosa empresa es indispensable tener en cuenta que la América Central será independiente porque quiere serlo y tiene elementos necesarios: que una voluntad eficaz es el pensador más ingenioso del mundo, y sabe meditar planes y descubrir recursos: que una voluntad activa es el poder más grande del Universo, y sabe crear gobierno, hacienda y ejército.

Partiendo de estos antecedentes, debemos consagrarnos a explotar todas las ventajas que nos brinda la emancipación política del país; ora conservando el orden y unión sin alterar la paz y tranquilidad: ora respetando las leyes fundamentales que forman nuestra Constitución: bien autorizando al Gobierno con todas las facultades necesarias para obrar con energía: bien organizando una fuerza capaz de dar respetabilidad al Gobierno: bien poniendo a la Hacienda Pública en aptitud de socorrer todas las necesidades de una República naciente.

Además: debemos a todo trance procurar la ilustración del país, porque la ilustración es el origen primero de la riqueza y poder de las naciones, mientras que la ignorancia es la causa principal de la pobreza y miseria de los pueblos.

Por la ilustración tendremos labradores que posean por principios la ciencia importante del cultivar la tierra: por la ilustración tendremos artistas que sepan crear una naturaleza nueva, más bella que la que vemos: por la ilustración tendremos máquinas que en menor espacio de tiempo den productos dobles del trabajo: por la ilustración tendremos especuladores que abracen en sus cálculos el comercio de un siglo y las relaciones de todo el mundo: por la ilustración tendremos sabios que enseñen a la especie entera y den al siglo el movimiento que sigue.

Ilustremos, pues, a la Nación, si queremos que sea rica y poderosa como Europa y los Estados Unidos de la América del Norte. Rayos pequeños de luz le hicieron conocer sus derechos y proclamó su independencia. Rayos más grandes le enseñaran el arte de consolidarla, le harán sentir la necesidad de la prudencia en momentos críticos, le descubrirán sus riquezas y manifestarán sus intereses.

Recordemos en este día glorioso de la Patria: que nuestro suelo es el más privilegiado en la América del Centro y el que debe reportar más ventajas de la Independencia. "La Provincia de Nicaragua", dice el Cicerón de los Andes, "es en nuestra República la que aparece más distinguida sobre la superficie de la tierra. Está situada en el Centro de la América, bañada por los dos Océanos, hermo세ada con el gran Lago de Nicaragua que puede facilitar la comunicación de uno y otro, fecundada por las aguas de diversos ríos, y especialmente el de San Juan que lleva las suyas desde la laguna hasta el mar del Norte, enriquecida con las producciones de toda clase que brota un suelo fértil y nuevo, tendida sobre planos que hacen fáciles los transportes de los frutos y géneros, con buenos puertos al norte y al mediodía y con las mayores aptitudes para dilatar sus relaciones con el mundo entero". Esto manifiesta que Nicaragua está llamada por su posición topográfica a ser el emporio del comercio y el vehículo de la civilización universal.

General Don Isidro Urtecho

Prefecto

RIVAS

Modificar absolutamente nuestras costumbres, cambiar nuestras instituciones, formar el corazón del ciudadano, y esto en medio de tantas pasiones, de tantos intereses encontrados, con tan poca ilustración, sin experiencia ninguna, no es, no puede ser la obra de una ni de dos generaciones.

Una educación sólida, a la altura de la idea liberal, derramada con profusión en todas las clases de la sociedad, por maestros competentes que sepan corresponder a su elevadísima misión, así en la mujer como en el hombre, es que vendrá regenerando poco a poco nuestro ser; y tal revolución no puede verificarse sino muy lentamente.

Es hacia ese punto donde hay que dirigir nuestro patriotismo.

Por desgracia estamos muy lejos de tener esa educación que necesitamos; y sin ella nuestros pueblos, y con necesidades absolutas de reformas en todos los ramos de la vida, el porvenir se nos presenta todavía oscuro. Todavía hay que temer de él nuevas conmociones.

Pero si toda nuestra actividad se dirige a la educación y a la profusión de las luces; si elevamos a la mujer de la ignorancia en que hoy está sumida y sabemos hacerlas madres y esposas que son los primeros principios de toda sociedad regularizada y en los cuales se contiene en germen toda la esperanza de la Patria, porque son aquellas las que forman y modelan en sus manos el corazón del hombre, es seguro que podremos conjurar el peligro.

Eduquemos a nuestros pueblos; y sin ruido, suaves y naturales, vendrán las reformas que necesitamos.

Eduquémoslo; y ante una civilización más avanzada, caerán esas barreras que dividen hoy nuestros Estados Centroamericanos, en donde para escándalo de familia, si se puede decir así, fuera del error político y económico, se estancan los productos propios de cada uno de ellos, ahogando el desarrollo de su comercio entre ellos mismos, que debiera confundir sus intereses y matar el egoísmo y necio espíritu local que cada día nos desune y aísla más.

Conoceremos entonces la necesidad de estrechar los lazos de familia tan natural y fácil de realizar este deseo, cuando nuestro origen, caracteres, costumbres, leyes, idioma, religión, historia, todo es común; y así confundidos nuestros intereses como nuestros sentimientos, reconstruiríamos sin choque nuestra nación Centroamericana, dividida hoy en miserables fracciones, cada una de las cuales presa las más veces de ambiciones vulgares que vemos levantarse y obrar sin ningún escándalo por nuestra misma pequeñez, se convierten a menudo en focos de corrupción de donde no irradia un solo rayo de luz haciéndose objeto de desprecio en el exterior y perpetuo escándalo en el interior.

Démosle elementos al pueblo, y el pueblo mismo engrandecerá la agricultura, ensanchará el comercio, explotará ventajosamente las minas, mejorará los caminos, facilitará los transportes, abrirá puertos; y en fin, pondrá en movimiento todo lo que el país puede ofrecer a su civilización.

Don Perfecto Tijerino

Senador

CHINANDEGA

Los caprichos y las pasiones de partido pusieron de nuevo en peligro nuestra independencia. Una horda de filibusteros con superioridad decidida en las armas infundía terror en nuestros soldados y estaba a punto de apoderarse de nuestro territorio. En tan terrible situación un hombre lleno de patriotismo con un puñado de valientes, empeñó en San Jacinto una batalla desigual el 14 de Septiembre de 1856; y haciendo prodigios de valor, vence, para probar al mundo que los nicaragüenses saben pelear por su independencia y son dignos de ella. El General Estrada fue el héroe de esa jornada, inaugurando con gloria nuestra guerra nacional y celebrando en ella el aniversario de nuestra emancipación política. Los soldados de San Jacinto con la frente erguida vieron levantarse el sol del 15 de Septiembre sobre los despojos del filibustero hacinados allí la víspera. ¡Loor eterno a esos denodados defensores de la independencia y soberanía de la Nación!

Permitídmeme, señores, que el gran día de la Patria, dirija una mirada hacia las otras Repúblicas que forman con nosotros la América del Centro, San Salvador y Guatemala acaban de romper las cadenas del despotismo que durante tantos años se había entronizado en ellas. Las gloriosas batallas de Santa Ana y el Cochón, decidieron de la suerte de esos pueblos. Yo desde aquí les dirijo mi saludo fraternal y los felicito por ello. Quiera el cielo conservarles los beneficios adquiridos a costa de tanta sangre y sacrificios y ojalá fuera la última que se derramara porque los Gobernantes no diesen en lo de adelante, motivos para la indignación de los pueblos. Viva Centro América!

Lcdo. Don Pascual Fonseca
Municipe

MANAGUA

¿Será justo celebrar este aniversario? El 15 de Septiembre habrá sido un bien para Nicaragua? Si aquel grandioso acontecimiento hubiera de ser juzgado por sus resultados hasta la presente fecha, no faltarían algunos que pusiesen en duda la importancia de la independencia, presentándonos como argumentos contra ella la ignorancia en que nuestros pueblos se han encontrado por tanto tiempo sumidos, su falta de moralidad y de hábitos al trabajo, su propensión a los vaivenes y al libertinaje, nuestra decadencia y atraso después de tantos años de existencia propia; y sobre todo, nos haría una reseña de las disensiones en que hemos vivido y de todas nuestras públicas calamidades y desvaríos.

La generalidad del país contestaría esas objeciones, patentizando, en cambio, las ventajas que nos han venido de la independencia.

Hablemos al pueblo las verdades políticas, religiosas y sociales sin emplear la demagogía, esa plaga de las Repúblicas siempre funesta en los círculos populares y en los salones oficiales. Ilústrense a los pueblos infundiéndoles en el corazón el sentimiento del deber como correlativo al derecho: propáguese los hábitos de orden y de trabajo fuente de toda mejora y de toda virtud. Procúrese la inmigración extranjera estableciendo la tolerancia religiosa e inspirando confianza al inmigrante con la inviolabilidad de su persona e intereses; y trátense en fin, de hermanar el orden con la libertad de que felizmente hoy gozamos en paz; y entonces otra suerte más propicia sonreirá nuestras poblaciones y nuestros campos; desaparecerá de nosotros el malestar que experimenta nuestra sociedad, debido a los pasados desaciertos. Y la independencia de 1821 recogerá los copiosos frutos que se propusieron nuestros antepasados al haberla operado en bien de las presentes y futuras generaciones.

Lcdo. Don T. G. Bonilla
Sub-Secretario de Estado

MANAGUA

Nuestra revolución desgraciadamente no terminó el 15 de Septiembre de 1821: luchamos aún por hacer desaparecer de entre nosotros el error e inveteradas preocupaciones que el colonaje nos legara. Están en pie, todavía, la intolerancia política y religiosa: los hábitos de servilismo: la indolente apatía por todo aquello que tienda al bienestar y engrandecimiento nacional: el oscurantismo y el espíritu antipatriótico y disolvente, que ha reducido a pequeñas fracciones las antiguas nacionalidades, y procurando entre aquellas otras más insignificantes, que llevan por bandera los mezquinos intereses del caudillaje; no tendiendo a otro fin, que a buscar el favor de un individuo a quien la casualidad o la ignorancia rodeara de prestigio.

Y este mal se va agravando, hasta el extremo de reconocerse como centro de estas parcialidades, a cada individuo que ha estado al frente del poder público.

A la ilustración popular, base imprescindible de todo Gobierno representativo, se le ha dado en estos días mayor ensanche, mereciendo la solícita atención del poder público. Las vías de comunicación, principales veneros de la prosperidad nacional, se mejoran. La agricultura, frente primordial de la riqueza del país, no sólo ha sido objeto de constantes privilegios, sino además, que se ha creado exclusivamente un Banco para su incremento; donde los empresarios sin quedar expuestos a las eventualidades de la absoluta carencia de recursos o del sacrificio de sus frutos en manos de expoliadores sin conciencia, encontrarán dinero con racional interés.

La nación que se ha dado ya, en parte, una legislación propia que, conformándose a sus hábitos e instituciones, ha eliminado el tejido de disposiciones absolutas, forjado con el solo intento de despotizar un pueblo. La idea grandiosa de la Unión Centro Americana ha tenido favorable acogida. La justicia, la moralidad y equidad, constituyen la esencia de toda medida adoptada por la Autoridad Suprema, sin miramientos a privados intereses o aspiraciones de círculos políticos.

Pero no se creó, solamente, que estemos obligados a mantener las cosas en el estado en que actualmente se encuentran: los hombres generosos, los que no reconocen en política otra enseña que la del progreso, trabajan constantemente por el engrandecimiento de la patria y por la solidaridad de los intereses americanos. Ansían por que Centroamérica, realice la siguiente predicción de Bolívar —“Los estados que desde el Istmo de Panamá existen hasta Guatemala formarán una sola asociación. Esta magnífica posición entre dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del Universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo: estrecharán los lazos comerciales de Europa, Asia y América y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo aquí podrá fijarse algún día la Capital de la tierra, como pretendía Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio”.

Dr. Don Francisco Barberena

Ministro de Estado

MANAGUA

Cincuenta años lleva el pueblo centroamericano de ser independiente; tiempo quizá más que suficiente para que implantándose las instituciones republicanas, hubieran producido los benéficos resultados que eran de esperarse. Mas desgraciadamente el ensayo de esas instituciones ha tropezado con inconvenientes de todo género, que le han impedido su desarrollo y perfección. Las pasiones políticas, la ignorancia del pueblo, los intereses encontrados, la desmedida ambición en los hombres más prominentes; han contribuído hasta ahora a malograr los frutos de la independencia. . .

Nuestra historia, en los diez lustros que llevamos de ser independientes, es una serie de luchas fratricidas, motivadas tal vez por intereses mezquinos, de que hasta ahora no se ha recogido otro fruto que el aniquilamiento de las propiedades, la relajación de los vínculos sociales, el desprestigio de la autoridad y la estagnación de los elementos de progreso. Pero todo ello es debido a que en esas luchas no se ha discutido un principio, no se ha llevado por mira el desarrollo de una idea civilizadora de regeneración y perfeccionamiento. La ambición, el egoísmo, el capricho, la venalidad y otros sentimientos bastardos de este género, son las pasiones que frecuentemente se han puesto en juego por los hombres públicos que han dispuesto de la suerte del país. Así es que por eso se han descuidado de ilustrar al pueblo, desterrando la ignorancia que tantos males ocasiona: en nada han tenido la conservación de la paz, ese bien precioso bajo cuya benéfica influencia prosperan las naciones: poco les ha importado el adelanto de las artes, el desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio; y de aquí ha dimanado ese estado lamentable de inercia y abandono en que hoy se ven muchos de nuestros pueblos.

Empero, no debemos desesperar de nuestra situación: quizás no está lejos el día en que ella cambie de aspecto, presentándonos un porvenir halagüeño. Es necesario persuadirnos que el pueblo centroamericano ha traído una misión que cumplir, y esa misión debe llenarla. A medida que se vayan arraigando entre nosotros los hábitos de orden y el amor al trabajo, no hay duda que renacerá el respeto a la ley y a la autoridad constituída; que se tendrá un pleno conocimiento de las instituciones que nos rigen; que estas se afianzarán sobre bases sólidas y estables; y que entonces el pueblo lanzado ya en la senda de su prosperidad, caminará con pasos firmes y seguros hacia su engrandecimiento. Y no pudiera ser de otra suerte; el sentimiento dominante de la humanidad es el progreso: ese sentimiento la trae en una agitación continua; y por llegar a él, se abrirá paso al través de todas las dificultades que se le presenten.

Br. Don Serapio Orozco

Munícipe

MANAGUA

Habiéndonos, pues, dejado nuestros antecesores un campo tan amplio y ameno, para conseguir nuestra felicidad: Por qué no progresamos? nos preguntarán. Será acaso nuestro destino morir en el atraso? O habrá un obstáculo que no podamos superar? No, señores, las naciones adelantan con el tiempo y sus progresos se marcan con el período de los siglos, porque tienen que pasar por las vicisitudes consiguientes a su infancia. En esta época, tienen que sufrir los golpes de ensayos peligrosos, las oleadas de las pasiones impetuosas: sin civismo, sin cultura, estacionan y retrogradan, buscando aun en la agitación y el desconcierto su propia felicidad; pero este tiempo de penosas, alternativas, puede ser reducido por el influjo de la inteligencia, del trabajo y del patriotismo; y así es cómo se explica el remarcable adelanto de sociedades contemporáneas.

De aquí, pues, la necesaria y lógica consecuencia que nosotros no hemos siquiera iniciado nuestra obra: no hemos hecho más que estacionar un poco de tiempo, sin duda para comenzar con ahinco nuestro trabajo, por cierto grande y majestuoso. Queréis la prueba? Mirad el gran desierto que habitamos: recorred la serie de elevadas montañas incrustadas de metales preciosos: ved esos dos soberbios mares invitándonos al comercio floreciente con los países cultos: contemplad extensos bosques sembrados de maderas preciosas, de extrañas producciones vegetales y de pujante fertilidad: y en fin, reconoced que hay porciones de nicaragüenses que aun no han salido del estado de barbarie en que los encontraron los primeros conquistadores.

Pongamos, pues, con la más viva esperanza en ejecución nuestro trabajo; y hagamos los esfuerzos posibles en remover toda clase de obstáculos; y cuando vayamos por la mitad, entonces nos veremos nivelados a las naciones que orgullosas ostentan su poder y su riqueza.

Gozamos también de otras ventajas que no son de la menor importancia: libertad de imprenta, de pensamiento, de palabra, libertad de saber, libertad de comercio, de agricultura, de industria, en fin, de todas aquellas libertades que el hombre ha menester para su felicidad social e individual.

Mas no confundamos nosotros la libertad con la licencia, porque de allí resultan los males inmensos que de vez en cuando lamentamos. Comprendamos bien, señores; la libertad es aquella que usando bien de todo propaga la verdad, mejora las costumbres, se opone a los abusos con dignidad y mesura, abre las puertas a los trabajadores, fomenta las artes, la agricultura y el comercio. La licencia, por el contrario, abusando de todo, disemina los errores, desmoraliza los pueblos, enerva el poder, ataca inmaculadas reputaciones, monopoliza el trabajo, oprime al jornalero, roba al pobre con la astucia y el fraude, destruye en fin, las artes, la agricultura y el comercio. La libertad majestuosa, inspira gracia y calma; la licencia terrible, derrama el horror y el espanto. La libertad ha engalanado el campo con la esplendente aureola del orden; la licencia lo ha cubierto con el rojo capuz de la anarquía. La libertad se viste con un ropaje blanco como la inocencia; la licencia se envuelve en el negro manto del delito manchado de sangre. La libertad lleva en la mano el hermoso olivo de la paz; la licencia la tea de la discordia. La libertad es la gloria, es la felicidad de un pueblo; la licencia su ignominia, su azote. La licencia brota del infierno, como un torbellino, penetrada del espíritu del Diablo; la libertad, como una aurora suave del espíritu de Dios, desciende del cielo...

Seamos, pues, verdaderamente libres, procuremos disfrutar del don precioso de la independencia; para esto amemos la paz, sí amemos la paz; aborrezcamos para siempre el monstruo feroz de la anarquía: la anarquía hace que la civilización se paralice, que las costumbres se relajen, que la riqueza pública desaparezca, que los pueblos se destruyan. No así el don fecundo de la paz...

Amemos la paz; porque a su sombra, como ha dicho un profundo orador sagrado, prospera la ilustración, se perfeccionan los talentos, se aumenta la gloria de las ciencias y los pueblos avanzan en cultura. Amemos la paz; porque a su sombra se mejoran las costumbres, se estrechan los vínculos de amistad, se reconcilian los enemigos, se respetan las leyes y se desarrollan los elementos de riqueza pública. Amemos la paz, porque sólo en estado de paz se equilibran con exactitud los derechos y las obligaciones entre los pueblos.

Don Policarpo Torres
Director de Estudios

CHONTALES

Ciertamente es digna de eterna veneración la memoria de los que supieron sacrificarse gustosos por legarnos las dulzuras de la civilización y demás consecuencias benéficas que surgieron del depósito sagrado de libertad que nos conquistaron. Empero, a mi humilde juicio, no pueden dividirse las ideas de adquirir nuestra independencia y conservarla. Verdaderamente correlativas, la una despierta a la otra, así es que ahora debe tributarse también un acto de homenaje y patriótica gratitud, al hombre ilustre que en los días aciagos en que por nuestras aberraciones habíamos casi perdido nuestra autonomía, fue el primero en tomar el arma para sostenerla, dando una severa lección en los campos de San Jacinto al aventurero audaz, que osó violar nuestras garantías reconquistando así la libertad que en mala hora habíamos perdido. Ese hombre singular fue el General don José Dolores Estrada, gloria y orgullo de su patria...

...Vino el sol del 15 de septiembre de 1821 e iluminó nuestras inteligencias; de allí el perfeccionamiento; de allí los adelantos morales y materiaes; y de allí, en fin, el conocimiento de nuestros poderes, para concurrir cada uno con sus esfuerzos a colocar al país a la altura de las naciones civilizadas. Pero, no quiero concluir, sin hacer por mi parte una invitación a las autoridades locales de esta ciudad y a todo el vecindario en general, para que con la mayor circunspección y religiosidad cumplamos los deberes que la sociedad nos imponga cualquiera que sea la posición en que nos coloquemos, obrando siempre con la honradez y rectitud de intención que corresponde a la confianza que la comunidad deposite en el empleado. Así, pues, nuestro norte debe ser la ley excusando los lazos de la intriga, que con maléfico intento a menudo nos extravía. Para guardarnos de ella interesémosnos por la enseñanza primaria para que se difunda con igualdad en la hermosa juventud que nos rodea, aboliendo toda distinción infundada de familia, acordándonos para esto que nuestra ley fundamental no reconoce más méritos que los que nacen de las virtudes y el talento, y que el tesoro destinado a la instrucción es común al cual tienen perfecto e igual derecho todos los hijos del pueblo. Así seremos verdaderamente libres, así habrá alumbrado con algún fruto para nosotros el sol del 15 de septiembre de 1821.

Gral. Don Joaquín Elizondo

Ministro de Estado

RIVAS

Se ha creído por algunos que el estimar en poco nuestra Independencia por no habernos costado la sangre y sacrificios que a otras secciones del Continente, es una de las causas de que de ella no hayamos derivado todo el provecho que debiéramos; pero prescindiendo de nuestros esfuerzos desde 1811, la sangre de Ayacucho, era también nuestra sangre, y las glorias conquistadas en aquel glorioso campo de batalla, son también nuestras glorias, porque la historia del Continente hispano-americano es también común a Centro América. Sin embargo, nosotros tuvimos también la guerra de 1856-1857 en que tuvimos que conquistar de nuevo nuestra Independencia, lidiando contra el filibusterismo de aquella época, y entonces, a pesar de conocer nuestra impotencia desunidos como los Estados de Centro América se hallan, aviso semejante nos sirvió para forzarnos a unirnos en una sola Nacionalidad.

Al recordar aquella guerra que hemos calificado con el epíteto de nacional y al hablarse de nuestra Independencia, no deben pasar desapercibidos los nombres de dos de nuestros Generales, los más esforzados en la lucha: me refiero a los Generales, don José Dolores Estrada y don Fernando Chamorro. Todo el día de ayer tronó el cañón en conmemoración de la batalla de San Jacinto, tan célebre en nuestros recientes anales, ganada por el primero; y el 5 de marzo de 57, el segundo de esos hombres ilustres batía en los llanos de Jocote las fuerzas de Walker, con tanto valor y con tanta inteligencia, que esa acción de guerra como la de San Jacinto, fue calificada de verdaderamente militar, y por ambas, aquellos Generales ilustres, merecen los más fervientes recuerdos de la Patria.

Indeleble es el recuerdo de los esfuerzos del mal logrado General Chamorro batallando contra el filibusterismo. No depuso un día las armas, como no faltó un instante en su pecho, la esperanza de salvar la patria. Conquistada toda la República, se refugió con un puñado de valientes en la célebre montaña de Yucal, único refugio que por sus asperezas y escarpada posición podía ofrecerle un asilo. Desde allí volvió a la lid y tuvo la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos.

Permitidme terminar con un viva a nuestra Independencia y a la memoria de los ilustres Generales Chamorro y Estrada.

Pbro. Don Abelardo Obregón

Vicario

MANAGUA

Nicaragua desde entonces se gobierna por sí misma: tiene su carta fundamental que ha distribuido el ejercicio de la soberanía por el órgano de los escogidos del pueblo en distintos poderes: su nacionalidad es reconocida por los principales gobiernos del mundo: sus fuentes de riqueza, están en las manos de sus propios hijos: su libertad nos trazó los elementos de ilustración: el comercio libre con todas las naciones de la tierra, nos ha suministrado conocimientos importantes: la imprenta nos ha revelado mil secretos útiles: y una administración formada de hijos de la patria, hace constantes esfuerzos para conducirla al apogeo de felicidad, a que por tantos títulos está llamada.

Si no hubiesen sido nuestras disensiones intestinas, luchas fratricidas y estériles, Nicaragua, hoy que apenas cuenta el quincuagésimo aniversario de su independencia, sería sin duda un país grande, próspero y feliz, atendiendo a su posición geográfica, a la feracidad de sus campos, a la riqueza de sus minerales, a la facilidad de exportar sus productos y a la tendencia que sus pueblos tienen al progreso.

Pero, mal que nos pese, aquellas luchas nos han hecho retroceder varias veces en el camino de los adelantos. No hay quien no reconozca esta verdad, y por tanto es de esperarse que todos concurremos, de común acuerdo, a conservar el don precioso de la paz. Recordemos, que la ruina de las naciones es, como la de los individuos, la obra de sí mismas.

Reconozcamos que al proclamar nuestra libertad, nos impusimos el sagrado deber de mejorar nuestra sociedad. El medio más propio para realizar esta mejora es procurar la ilustración de las masas, porque la ignorancia es una calamidad que hace sentir a los Estados el peso de incalculables desgracias: inspira en el ciudadano aversión a sus deberes más sagrados, y le ensordece para que no escuche la voz de la ley.

Pero debemos evitar al mismo tiempo, que bajo el disfraz de ilustración se propalen doctrinas contrarias a la moral religiosa y política.

Aprovechemos, pues, todos los saludables beneficios que ha reportado la independencia a naciones que, pequeñas al tiempo de proclamarla, han desarrollado por sí solas sus elementos de felicidad, y son hoy grandes y poderosas. Como una condición indispensable, conservemos la paz según la medida de nuestras instituciones, y alcanzaremos todos aquellos bienes.